

¿No haveis visto, Señores, à un Heroe, terror de sus enemigos, que cubierto de heridas, y de gloria, se presenta delante del Monarca, cuyo Trono ha sabido mantener? Pues del mismo modo se presenta Joseph en Roma delante de la suprema cabeza de la Iglesia.

Gobernaba entonces el mundo Christiano un Pontifice nacido en el seno de la pobreza, ensalzado por sus meritos, elevado à los primeros honores, y siempre capáz de desempeñarlos: genio vasto, profundo, sublime en sus proyectos, magnifico, poderoso, y absoluto: enemigo declarado del vicio, severo en los castigos, constante en defender los intereses de la Iglesia, zeloso de adornarla, vengarla, y dilatarla: Pontifice verdaderamente digno de admiracion.

Considerad, pues, à Joseph de Leonisa puesto à los pies de Sixto V. Estos dos hombres célebres, ambos eran discipulos de San Francisco de Asis, y herederos de su espiritu: ¿quién no creeria que los havia juntado el Cielo para adelantar de comun acuerdo la gloria de la Religion? ¿Qué elogios no hace el Soberano Pontifice al vencedor del Mahometismo? ¿y qué edificado queda al ver la modestia con que rehusa estos elogios, apartando diestramente la conversacion de la memoria de sus combates, y trabajos, sin apetecer mas gloria que el poderse entregar de nuevo à mas dificiles empresas: todo Apostol quisiera que su ultimo suspiro no fuese el ultimo esfuerzo de su zelo.

Os parecerá, Señores, que Venecia, Milan, Napoles, y Roma, son los teatros à donde guia à nues-

tro Santo su extraordinario zelo; pero os engañais: su zelo se fija en un ministerio mas ingrato, y menos alhagueño: por entre zarzas, y espinas se abre paso para ir à tratar con unos Pueblos, víctimas de la miseria: virtuosos, acaso por inclinacion, pero culpados por su ignorancia: Christianos, sin principios de Christiandad, hombres, por decirlo asi, distintos de los demás hombres, por las tinieblas con que estaban ofuscados sus entendimientos, por la insensibilidad de su corazon, y por su rudeza: sus costumbres correspondian en todo à su miserable suerte.

Entre estos Pueblos abandonados, y barbaros, fija nuestro Santo su morada: su zelo los junta en un vasto campo, al que hace servir de Templo, y acomodandose à su corta capacidad, persuade à unos haciendoles una pintura natural del vicio, y mueve à otros con el piadoso espectáculo de un nuevo calvario: levanta Joseph el Estandarte de la Cruz, y contempla, con gran consuelo de su alma, atado el escandalo à los pies de esta sagrada señal, y que à influxo suyo empieza à renacer la virtud: el fuego de un zeloso Predicador, solamente se puede apagar con las lagrimas de un Pueblo convertido.

Pero al mismo tiempo que Joseph se oculta, empleandose en estos penosos, y obscuros ejercicios, la obediencia proporciona à su valor una carrera en que pueda verse con mas claridad su virtud: su zelo, como un caudaloso rio, se derrama por todas partes, y cada vez se vá aumentando: ¿quién podrá contar los viages que emprehende, las Ciudades à quienes edifica con su exemplo, instruye con su

doctrina, y santifica con su presencia?

¿De qué medios no se vale su zelo para arrancar del seno de la sensualidad à un infelíz, que dominado de una pasion, corre sin reflexion al precipicio? Consigue Joseph que aquel joven sensual reflexione un momento su infelíz estado; quita el velo fatal que cubre la vista de aquel *Prodigo* inconsiderado: le hace ver los engaños que se ocultan bajo el lisongero deleyte, por que tanto anhela, y los amargos pesares de que es raíz fecunda la pasion: un tardo arrepentimiento es siempre el fruto de los lisongeros placeres: huye, le dice, huye desgraciado de ese idolo que solo conspira à perderte: advierte, que fabricas tu sepulcro al pie de sus Altares: mira que tu corazon se opone à tu razon, tu conducta à tu fé, y tu pasion à tu Dios: reflexiona, y mira qué es lo que haces.

Joseph habla, y el joven queda persuadido: el arte de impugnar el vicio, consiste en persuadir que el vicio nunca puede hacer verdaderamente feliz al hombre.

Pero nunca se manifestó mas claramente el valor de nuestro Santo, que una ocasion en que el escandalo patrocinado, insultó su zelo con un triunfo público; establecióse en una Ciudad, à la sombra de un protector poderoso, un teatro profano, pernicioso escuela para las costumbres: una scena fabulosa produce las mas veces pasiones verdaderas: la ilusion de los sentidos ocasiona desordenes en el corazon; y este veneno es tanto mas sutil, quanto está mas diestramente preparado; y aunque el teatro suele ridiculizar el vicio, siempre es à expensas de la virtud.

De

De este modo se explicaba San Joseph de Leonisa: la clase, el nacimiento, la autoridad, nada de esto fue capáz de contener la noble libertad de su zelo: clama publicamente con una voz profetica, y dice, que el que favorece el desorden, participa de él, y que abrir camino à la libertad de las costumbres, es lo mismo, que favorecer el desorden: infelíz de aquel, que neciamente prodigo sacrifica el patrimonio de los pobres à diversiones ilicitas. El Dios de las venganzas tiene levantada su espada sobre las cabezas de los culpados, y aunque tardo en castigar, son muy ruidosos sus castigos: ya veo, dice, su espada desenvainada sobre esta infelíz Ciudad: la miseria sucederá à la opulencia, una infausta rebolucion empieza à confirmar su vaticinio; pero nuestro Santo se buelve à Dios, clama, y dice; apartad, Señor, de este Pueblo vuestra indignacion; haced, que el culpado expie su delito con las lagrimas de la penitencia, y no con las de la desesperacion: oh, palabras energicas, y victoriosas de nuestro Santo! Cesan los espectaculos, prohibense con público edicto, calman las miserias, y triunfa la gracia.

Ya acabáis de ver, Señores, à Joseph, vencedor de los excesos, que ocasiona la prodigalidad; vedle ahora venciendo las infamias, à que dá lugar la avaricia: figuraos uno de aquellos desgraciados ricos, que posee sus bienes, sin gozar de ellos, y que nunca le parece que posee lo suficiente: à un mismo tiempo es azote de la sociedad, y tyrano propio suyo: el avaro siempre insaciable, aun quando fuera dueño del universo, desearia

- Tom. I.

Mm

des-

descubrir otro nuevo mundo con nuevas riquezas: su tesoro es su Altar; el oro su Dios: se atreve à poner sus infames manos hasta en los bienes consagrados al Santuario: los usurpa con destreza, y los retiene sin escrupulo: el interes es casi siempre el fatal escollo en que tropieza el hombre honrado, y el Christiano.

Este sacrilego usurpador se lisongea de ahogar dentro de sí la voz de su propia conciencia; pero veamos, si puede resistir à la poderosa voz de un Apostol: à Joseph de Leonisa corresponde mover, y mudar este corazon barbaro: pone los medios, pero nada consigue en el principio: se vale de las persuasiones, de las instancias, de las amenazas, pero todo es inutil: el avaro, confiesa su avaricia, pero no se rinde: no obstante, llegará el dia en que triunfará Joseph: llegó por ultimo, y consiguió con sus ruegos, lo que antes no havia podido alcanzar con amenazas. ¡Oh, victoria tanto mas gloriosa, quanto mas dificil! No sé qual de los dos prodigios es mas admirable, ò mudar la avaricia en generosidad, ò hacer, que la concordia suceda à la division, y la paz à la guerra.

Este triunfo me trae à la memoria otras muchas maravillas: suscitase la division entre dos Pueblos rivales: ambos alegan à su favor derechos legitimos: defienden sus intereses con ardor: à esta defensa se siguen las disensiones: los padres derivan à sus hijos el espiritu de division, y de venganza: la fuerza de las armas no acaba de declarar la legitimidad de las pretensiones: la victoria, siempre inconstante, perpetúa los combates, sin de-

determinar los derechos: la Italia toda se mira con horror, teatro de las mas sangrientas, y escandalosas escenas.

El Duque de Parma intenta en vano conciliar los animos: este Principe, terror de sus enemigos, tan consumado politico, como valeroso guerrero, Alexandro Farnesio, verdadero Alexandro de su siglo, solicita, insta, y amenaza; pero todos sus esfuerzos son inutiles: este Principe, capáz de conciliar los intereses de los mayores Principes, no puede unir los de dos Ciudades enemigas: la misma Iglesia se interesa, valiendose de sus anathemas, y rayos; pero el odio, y el furor, no respetan, ni al Sacerdocio, ni al Imperio.

Manifiestate Angel de paz, destinado del Cielo para alivio de estos desgraciados Pueblos; genio poderoso, à quien está reservado, el arruinar el funesto muro de la division; pero ay! que es necesario un prodigio, para vencer tantos obstaculos: mas ¿no basta el valor, y la prudencia de Joseph de Leonisa? él solo compondrá, lo que tantas Potencias juntas no han podido componer: su autoridad consiste en su virtud: dexase ver nuestro Santo, manifiesta al principio un eloquente silencio, con el que gana la atencion de todos: el nombre de paz, y de feliz tranquilidad, que pronuncia à tiempo, mueve los corazones de todos, y los muda: aquellos sediciosos, quando mas pensaban, que se aborrecian, ya empezaban à amarse: al principio resiste la preocupacion; pero la humanidad habla, y la Religion perfecciona la obra: à poco tiempo, el suceso es aun mayor de lo que Joseph es-

peraba: dispone una conferencia, y en ella acaba la reconciliacion: con los lazos de la paz se forman los de la amistad: los intereses, que antes eran tan opuestos, se miran ya como comunes; los que solamente aspiraban à destruirse, solo piensan en unirse, para resistir à sus enemigos: y dos Ciudades, poco antes tan enemigas, parece, que no componen mas, que un solo Pueblo.

Paso en silencio otros muchos prodigiosos sucesos: no caben en la imaginacion las empresas de Joseph: quanto intenta su zelo, lo executa con la mayor felicidad: su fama corresponde à lo inmenso de sus trabajos: acaso he confundido ya en mi discurso estas dos ideas: acaso en la relacion de sus empresas he anticipado la de sus triunfos: los grandes asuntos no permiten, que el entendimiento se sujete à las reglas generales de la eloqüencia; pero sea como fuere, el azote del vicio, y el pacificador de los Pueblos se hallará desairado à vista del hombre de gloria, y del hombre de los prodigios. Las ultimas acciones de San Joseph de Leonisa hacen, que casi nos olvidemos de sus primeras victorias: *Opera tua novissima, plura prioribus.* (Apoc. 2.)

Llamo hombre de gloria, y hombre de los prodigios, à un sencillo, y modesto religioso; y hablo asi en un siglo tan incredulo como el nuestro: ya me parece, que estoy oyendo à la irreligion, que preciandose de sus dudas philosophicas, decide temerariamente en todos los asuntos; me parece, que la estoy oyendo reclamar acerca de la naturaleza de los hechos, y de la autenticidad de las

las pruebas: todo quanto tiene visos de milagro, la parece sospechoso: quisiera suprimir hasta el nombre de prodigio en los elogios de los Santos, y particularmente en los de los Santos modernos, como si Dios no fuera siempre el mismo, y como si los hombres animados del espiritu apostolico, no pudieran ser, como fueron los Apostoles, depositarios del Divino Poder. ¡Ah, Catolicos! El mayor milagro de los Santos es su santidad: un muerto resucitado, no es mas que recompensa de su virtud.

No obstante, no permita Dios, que yo, admirando supersticiosamente frivolos prestigios, me niegue al examen de la prudencia: en este caso seria bien fundada la critica; siempre se debe temer, que los hechos supuestos degraden à los hechos verdaderos: en todos los siglos se ha valido el error de las ficciones, para acreditar, è ilustrar à sus partidarios; pero al cabo esta ficcion ha venido à parar en su mayor afrenta.

La gloria de un Santo solamente debe fundarse en la verdad; y en esta se funda la de San Joseph de Leonisa: en los trofeos, que acaba de erigirle la Iglesia, se ven à sus pies, encadenados los vientos, disipados los contagios, sujetos los elementos, y cautiva la muerte: el que pudo hacer revivir en él el espíritu Apostolico, pudo tambien comunicarle su poder.

Unas veces semejante nuestro Santo à los Profetas, penetra las tinieblas de lo futuro: à unos, como Ezequiel, anuncia el funesto decreto de su muerte: de este modo pronostica à su sobrino el termino preciso de su fortuna, y de su vida: apenas,

nas, le dice, empezareis à pisar la carrera de los honores, quando tropezareis con vuestro sepulcro; temblad, y aprovechaos del aviso.

Otras veces, à exemplo de Elias, anuncia à los Dioses de la tierra, que se eclipsará su gloria, y experimentaràn desgracias no esperadas: declara à uno de sus mas poderosos protectores, è intimos amigos, que la envidia se ha conspirado contra él en la Corte de su Principe; que éste, falsamente aconsejado, en vez de recompensar su fidelidad, y su zelo, le castigará como à cabeza de una supuesta conjuracion, y que le queda muy poco tiempo para pensar en sí, y en sus hijos.

Pero dexemos aparte, que nuestro Santo fue el Profeta, y Thaumaturgo de su siglo: miremosle solamente como Oraculo, y padre de los Pueblos. Este es un nuevo genero de poder, que aunque no se admira tanto como el de los milagros, no es menos util.

Un hombre, entregado absolutamente à los exercicios de la humildad, y de la obediencia, es arbitro de los sucesos, remedio de las desgracias, è imagen de la providencia, ¡admirable prodigio! à esto llamo felicidad del Apostolado: *Opera tua novissima plura prioribus.*

¿Me será licito comparar à nuestro Santo con el famoso Joseph de la Ley Antigua? Me parece, Señores, que sí, pues la conformidad de su ministerio, mas que la del nombre, justifica la comparacion; lo que uno hizo en Egipto, lo renueva el otro en Italia.

Pueblos afligidos, que pereceis en el seno de
la

la miseria, los Astros parece, que suspenden para vosotros sus suaves influencias: la tierra, ingrata à vuestro sudor, en lugar de mieses, os produce zarzas, y espinas: las campañas esteriles no presentan à vuestra vista, mas que una funesta desolacion; pero consolaos, que el Cielo os dispone abundantes alivios. Es prudente economo, y los beneficios que multiplica en favor de los infelices, os prometen unas felicidades mucho mas sólidas; recurrid à él: manifestadle vuestra suerte, y tened esperanza, de que os ha de oír: *Ite ad Joseph. (Genes. 41. 55.)* Joseph de Leonisa, aunque pobre, será padre de los pobres: es el depositario de las públicas limosnas: los grandes le confian sus riquezas, para que las coloque en el seno de la necesidad: al paso que las distribuye, parece, que se multiplican: hace, que nazca la abundancia del seno de la misma esterilidad: baxo su proteccion se levantan suntuosos edificios, en donde la caridad proporciona à la miseria enferma, la feliz suerte que la niega la fortuna; Joseph es la esperanza de todos los infelices, y en algun modo es su Salvador.

Triste familia, que apenas naces, quando yá te ves condenada à perecer: un padre cargado de deudas te manifiesta, que ya han llegado à lo sumo tus desgracias: es verdad, que te mantenía à expensas de su continuo trabajo, pero sus crueles acrehedores le ponen ante el tribunal de la Justicia: ésta le condena, y ya está viendo con horror el momento en que vá à ser víctima de una sentencia, que aunque justa, es su ruína, y la de toda su pobre familia: ¿qué hará este padre infelice?

felíz? Piensa con una precipitada fuga, librarse no de la severidad de las leyes, sino de la persecucion de sus agresores: desgraciados niños, sin defensa, sin socorro, y sin esperanza, ¿quién cuidará de vuestra vida? ¿quién oirá vuestros suspiros, quando ya esteis à las puertas del sepulcro? Id à Joseph: *Ite ad Joseph*. El enjugará vuestras lagrimas: mas padre, que vuestro mismo padre, se hechará à sus pies, para defender con zelo vuestra causa: le hará presentes vuestras necesidades, y vuestros derechos: le hará cargo de las funestas conseqüencias, del barbaro, aunque forzado proyecto, que medita; y prometiendole una abundantísima, è inesperada cosecha, pondrá fin à sus desgracias, y dará principio à una mas que mediana fortuna.

Madre afligida, y amorosa, ¿qué envidioso enemigo de tu felicidad te ha quitado con una temprana muerte tu hijo unico, objeto de tus cariños, y esperanza de tu casa? ¿un hijo, cuya vida estimabas tanto, como tu propia vida? ¿vuestros dos corazones, tiernamente unidos, no formaban mas que un solo corazon? Ah! El cruel enemigo, que le ha sacrificado à su venganza, no se librarà de la vuestra; no teneis mas consuelo en sobrevivir à vuestra desgracia, que el poder castigar su delito; despues de haverle castigado morireis contenta, estos son vuestros deseos; pero detente, madre afligida, oye el prudente consejo, del que te enseña à ser superior à tu desgracia, y aun à tí misma: *Ite ad Joseph*. En Joseph de Leonisa hallarás un amigo verdadero, que mezclando sus lagrimas con
las

las tuyas, aliviará tu dolor; no disimulará lo que debes à la naturaleza, pero tampoco permitirá, que ignores lo que debes à la Religion. Te llevará al Monte Calvario, y allí hará, que contemples à Maria puesta à los pies de Jesu-Christo, que agoniza: Maria, modelo perfecto de una Madre Christianamente afligida, y de una madre superior à sus aflicciones por su constancia: miradla, te dice, reflexionad, è imitad à esta Señora.

Pero en Roma fue en donde mas se manifestó el poder, y la gloria de nuestro Santo. Una Princesa, mas respetable aun por su virtud, que por su clase, se hallaba en los ultimos periodos de la vida: toda la Ciudad de Roma se interesaba en la conservacion de su preciosa vida: un Prelado ilustre llora sin consuelo la falta de una madre; los pobres temen perder su mas generosa protectora: en su muerte pierde la nobleza su lustre, la piedad su mas excelente discipula, y la Religion su modelo. La misma cabeza de la Iglesia justifica con su dolor el universal sentimiento: la naturaleza se niega yá à recibir los socorros del Arte; los mas habiles medicos pronostican irremediable la desgracia a vista de los sintomas; ¿qué remedio queda en lanze tan apurado? *Ite ad Joseph*. Buscad à Joseph de Leonisa: Roma le llama; su humildad reusa presentarse, pero al fin cede por obediencia: llega à Roma; Roma, atenta à todos sus pasos esperá un milagro: ¿quedarà, Señores, frustrada su esperanza? no por cierto: un prodigio dará testimonio del poder de Joseph, y de la verdad de su fama; pero aun se manifestará con mas

claridad su virtud, que su poder: poco cuidadoso de su propia gloria, atribuye el prodigio al fervor de la Princesa, por quien ruega, y Roma admirada advierte, que es el hombre de Dios, no solamente por su poder, sino aun mucho mas por su santidad.

Concluyo, Señores, pues me parece haver desempeñado el objeto, que me propuse: habeis visto en San Joseph de Leonisa un hombre, que sobrevivió à su martyrio, para dar mayor lustre à su Apostolado con su valor, y con sus felices sucesos: *Opera tua novissima plura prioribus.*

Este valor, y estas glorias le acompañaron al sepulcro: no tuvo otro pesar, que el de no haver consumado su martyrio, despues de haverse dispuesto tantas veces para él: muere padeciendo los mas crueles dolores, y todavia juzga, que es poco lo que padece: ¡qué heroismo! los Grandes, los Pueblos, toda una Ciudad, acuden con ansia à recibir sus ultimos suspiros: con un triste silencio le manifiestan todos su universal sentimiento: es consuelo para los que mueren, llevar à la region del olvido el agradecimiento, y la admiracion de sus contemporaneos; es cosa muy gloriosa caminar al Cielo con los respetos de la tierra, y vivir, aun despues de la muerte, en los corazones de los hombres.

Los siglos pasarán con rapidez, pero la gloria de San Joseph de Leonisa durará tanto como la Religion: su gloria solamente tendrá igual en la de San Fidel de Sigmaringa, colocado al mismo tiempo que él en los Altares: la Italia mirará siempre

pre à Joseph, como à su Apostol, y Alemania celebrará tambien las glorias de Fidel.

Si el tiempo me permitiera proponeros sucesivamente el retrato de San Fidel, le veriais, discipulo, Apostol, y víctima de la verdad. Como discipulo de la verdad la busca en el penoso estudio de las leyes, y la halla en el estudio mas util de la piedad: le veriais unas veces ilustrando la toga con su ciencia, y virtudes; otras veces escondiendo sus talentos entre las sombras del Santuario, para consagrarlos à la Religion: veriais al Apostol de la verdad, asombrando à la Alemania con los prodigios de su zelo; impugnando, combatiendo, y extirpando las heregias; anunciando la suerte dudosa de las guerras, la revolucion de los Imperios, la ruína del error, y las victorias de la fé: le veriais víctima de la verdad, sacrificarse con los rigores de la penitencia, antes que la espada de los tyranos consumase su martyrio, y huir de las persecuciones, por ofrecerse à la muerte: le veriais finalmente, morir como Heroe, despues de haver vivido como Profeta: este, Señores, es un brevisimo diseño, pero por él podeis venir en conocimiento, de qual seria la pintura: concluyo, pues, diciendo, que en los Santos, Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa, venerará siempre la Iglesia dos de sus mas zelosos defensores.

¿Pero qué fruto sacareis vosotros, Catolicos, de esta augusta, y piadosa ceremonia? Vuestro fervor puede haver admirado las heroicas virtudes de los dos Santos, que os he propuesto; pero seria desgracia, que no se moviesen vuestros corazones à

imitarlas; y que admiraseis sus virtudes, sin mejorar vuestra vida.

Bolved à examinar su retrato, no tanto para gloria suya, como para instruccion propia vuestra. Ambos, como verdaderos discipulos de San Francisco de Asis, caminaron por las estrechas sendas de la abnegacion Evangelica: aunque eran ricos en el mundo, podeis aprehender de ellos à renunciar la fantasma de una vana fortuna; ambos consumaron felizmente la carrera del Apostolado: uno vencedor de la Heregia, otro del Mahometismo: ambos destruyeron los monstruos de la relacion, y del libertinage: Ministros del Señor, aprehended de ellos, à vivir siempre, como humildes hijos, y zelosos defensores de la Iglesia: el uno sacrificó su vida por la fé de Jesu-Christo: haced vosotros à la fé el sacrificio de vuestras pasiones; el otro, aunque no fue Martyr de la Religion, lo fue de la penitencia: la penitencia debe ser el mas comun exercicio de los Christianos en la tierra, para reynar despues con los Santos en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA Escolastica.

*Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.
Ad Colos. 3.*

Vuestra vida está escondida en Dios por amor à Jesu-Christo.

Parece que la vida oculta de algunos Santos, es un estado poco favorable à su fama; y que el velo, y las tinieblas con que ocultan su santidad à nuestra vista, no es medio proporcionado para manifestar la grandeza de sus virtudes; pero no obstante, Catolicos, es preciso confesar que su admirable vida quanto mas ignorada es de los hombres, está mas patente, y es mas gloriosa à la vista de Dios: son muy diversos los modos con que los Santos glorifican à nuestro Dios: hay una santidad pública, que se manifiesta exteriormente con pompa, y magnificencia, como la virtud de los Apostoles, que convirtieron à las Naciones, ò la de los Martyres que murieron en los cadalsos: *Speſtaculum facti sumus mundo, & Angelis, & hominibus: (Cor. 4.)* servimos de espectáculo, decia San Pablo, no solamente à los Angeles de Dios, sino tambien à todos los hombres: hay otra santidad solitaria, y de retiro que consiste en ocultarse, y encubrir las luces de